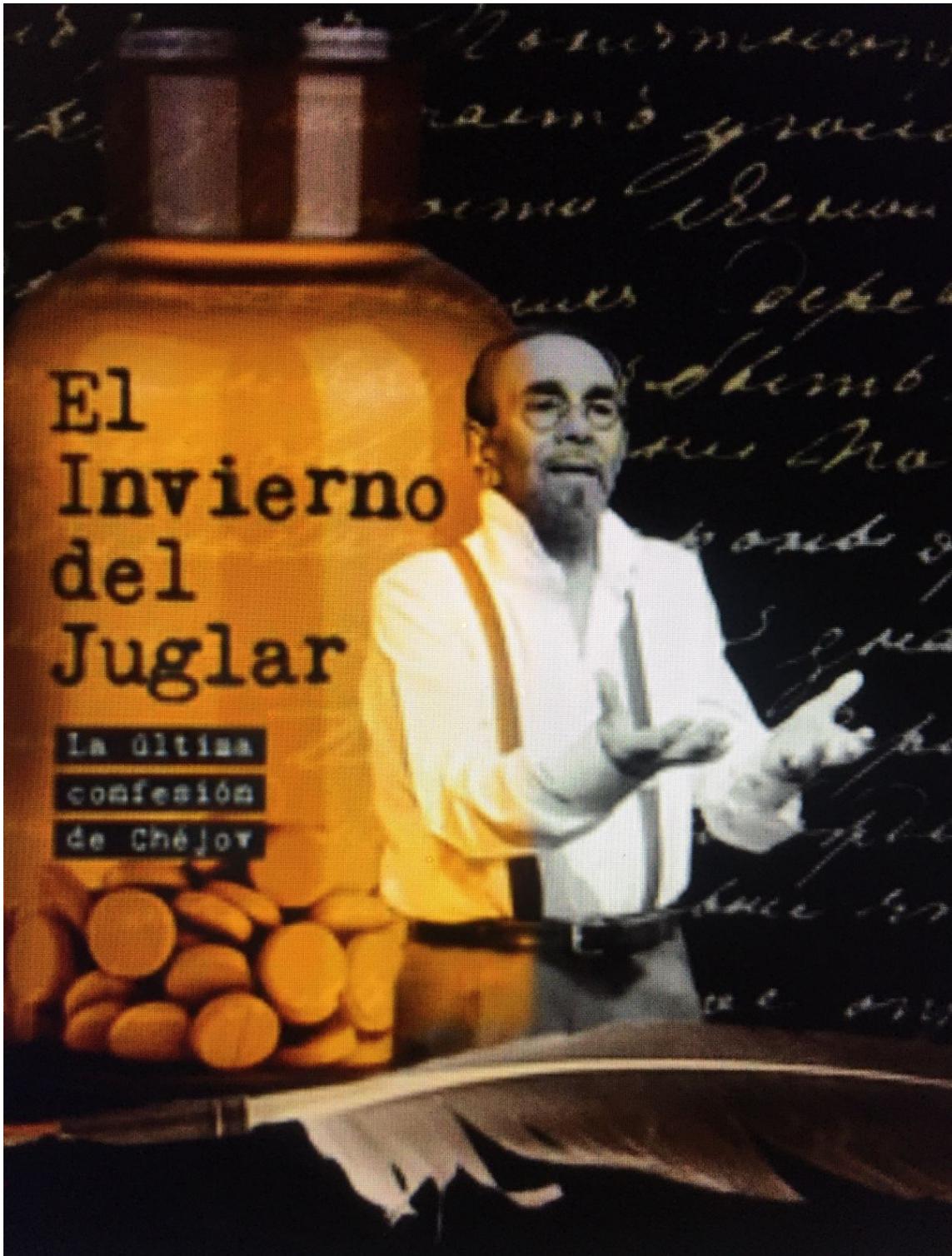


Monserga El invierno del juglar

Ursula Vamp



Capítulo 1

"Monserga"

En la fila del teatro hay actores famosos. Se preguntan qué harán con Chéjov. Ahora es un fin de semana de verano de 1904 y la ubicación es Badenweiler (Alemania). Enfermedad, delirio y espera son los temas que esta obra trazarán de manera fenomenal. El escritor, médico y dramaturgo Antón Chejov murió de tuberculosis a los 44 años, y sólo tenía una certeza en su vida: el amor.

Tumbado y agonizando de fiebre, escucha un tren y da un salto junto al retrato de su esposa. Luego en la silla vacía de espíritu, puede verse una almohada sin funda con manchas rojas de tos. "El corazón de una fábula extrae su fuerza de lo que no se escribe". Carlos Demartino interpreta a Chejov en sus últimos días bajo la dirección impactante y exquisita de Rafael Garzaniti.

Silencio. Inicia un monólogo que provoca devoción instantánea. Genera una inmensa necesidad de anotar frases o memorizarlas. A cada minuto la atención del espectador se ve atacada por epifanías. Es un unipersonal que adapta como un guante la manera de pensar de un escritor. Gustavo Provitinia es el autor de la obra.

A la derecha del escenario un espejo de su altura, una trampa "Cuando estás enfermo los espejos se multiplican. Aparecen también en platos y en cucharas" reniega Chéjov. Una luz azul lo ilumina yendo a arreglarse en un lavabo donde las musas no beben. Su esposa, es la actriz Olga Knipper y está en ese momento en Moscú actuando, y promocionando *El jardín de los cerezos*. Al finalizar, tomará un tren para chocar con Antón, la última copa de champagne y decir algunas pavadas de amor, mientras Antón trata de ponerle un broche a las ideas que deja en este mundo para que no se le vuelen.

En el centro del escenario una mesa llena de cosas inútiles para alguien que trata de morir y la vida lo interrumpe. Parece un comic policial de conventillo: dos tinteros, una pluma, lautano, morfina, una guía de ferrocarriles, un vodka, un termómetro para el infierno, un teléfono que nadie quiere responder porque "los muertos no reciben visitas" y el codo cansado de un genio que sostiene su cabeza en un atentado sin bandera.

Chejov cuenta que mientras Tolstoi le hablaba de eternidad, él se retorció de ira. "Un médico solo cree en la materia, en lo concreto. -Pero vamos hombre ¿un médico con un amuleto?". El público ríe por contradicciones tiernas. Un hombre que se tira al piso a charlar con escarabajos atrapados en su alfombra, aunque su cuerpo esté en declive. Un médico que tuvo que serlo porque "los escritores son unos muertos de hambre". Bien sabe

el que creció en la pobreza absoluta lo que es cambiar juglares por comida. Chéjov se adentró en el teatro como acto de rebeldía en épocas imperiales. Y así inició el mundo que lo juntó en cinco preguntas para siempre: quién, qué, cómo, cuándo y dónde, para luego dejarlo mirando su puño, donde nada entra y nada sale.

“Eppur si muove, Eppur si muove” repite Chéjov enunciando a Galileo en medio de un delirio de teorías. Otro tren y las luces estallan en sus ojos abiertos de espanto y ansiedad. Necesita que llegue su amada, su única certeza.

Acompaña la obra fragmentos de canciones que el actor interpreta de manera visceral. La canción triste de Tchaikovski suena en otra casa, él al escucharla recuerda un aria que le gusta más para ese momento y canta una estrofa en italiano. Nos conmueve, sus manos lo acompañan con la gracia de un director de orquesta de tango.

Recibe una carta. Es Olga o Arkadina, y dice que *El jardín de los cerezos* es un éxito absoluto en el Teatro de Moscú. ¡Pega un alarido de alegría!, las luces acompañan sus tensiones y sus introspecciones regalando un clima ideal para comprender cuánto sufre el que escribe sabiendo que ya no lo va a hacer, por el gusano que crece en sus pulmones como un dragón chino manipulado por muchos hombres que ya no será.

Antón larga su monserga final. Una angustia que lo estruja de la trompa y obliga a conversar con todas sus creaciones y sus maestros. Se habla y se responde. Recuerda un profesor que le enseñó la importancia del tiempo sacando los brazos por la ventana de la primaria un día de lluvia. Se emociona recordándolo, y con él todos los que lo escuchan dentro y fuera de su memoria.

Tiene pensado pedirle a su esposa que espere al amanecer para el comunicado de su muerte, y una canción de cuna rusa lo abriga en la idea del descanso. Un hombre se prepara para morir, pero la vida... el mujik tenía razón.